Sendas del Tíbet

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Este es el noveno de una serie de artículos de nuestro Imperator acerca de las observaciones hechas en su reciente viaje que lo llevó, junto con sus acompañantes, alrededor del mundo, visitando lugares místicos y remotos.

Nos detuvimos un momento. Cada uno de nosotros estaba silencioso, encerrado dentro de sus propios pensamientos. Como artesanos que se detuvieran a ver con orgullo su trabajo, nos embriagamos con la belleza y el significado del sitio a donde finalmente habíamos llegado.

Estábamos como en el centro de una esfera. Elevándose desde nosotros hacia arriba había pastos verdes entre los que se veían florecillas silvestres de brillantes colores. A lo lejos, las orillas de los campos se juntaban a la Cordillera del Himalaya que nos rodeaba.

Por las laderas al parecer abruptas de estas montañas, lenta y majestuosamente se movían grandes manchas de sombras azules y moradas, producidas por las nubes que pasaban ante el sol. Era como un gran caleidoscopio, cuyos dibujos fueran cambiados continuamente por algún ser invisible. Qué fácil, pensé, es imaginarse estas montañas como si estuvieran vivas, animadas por alguna entidad sobrenatural. Después de todo, las creencias religiosas del animismo, tan prevalecientes entre los pueblos primitivos, les deben parecer plausibles, a falta de cualquiera otra explicación. En realidad, uno se ve obligado contantemente a acudir a la razón para rechazar la idea del animismo, sugerida por esta experiencia visual y emocional. Por extraño que parezca. las supersticiones que nuestras emociones nos presentan a veces, tienen un atractivo mas fuerte para nosotros que la rectitud de nuestro razonamiento.

Pocos minutos después entrábamos a Gangtok, capital de Sikkim, que es uno de los estados del extremo norte de la Federación de la India. La designación de *capital* tal vez engendra la idea de una metrópoli, sin embargo Gangtok tiene en realidad una sola calle: es la continuación del camino que conduce a los diversos *las* o pasos montañosos por los cuales se llega al corazón del Tibet. La pequeña y primitiva ciudad nos recuerda las poblaciones de la antigua California de la época de las minas de oro. Las casas son de uno o dos pisos, construidos principalmente de tablas viejas.

Los pisos altos tienen balcones superpuestos cuyo piso se balancea peligrosamente hacia abajo en el medio. La entrada a estos balcones se hace por una puertecilla y a veces por una ventana. La mayoría de las construcciones son pequeñas tiendas o bazares, cuyos propietarios viven en el alto. Como en los primitivos mercados del antiguo oeste americano, las mercancías cuelgan del techo en todo espacio posible. Colgando de los postes que soportan los balcones, y colgando también del piso de aquellos, había botas tibetanas de lana, sillas de montar, arneses y utensilios de cocina, de metal, importados de Inglaterra.

Si los negocios no marchaban bien, se empleaban métodos curiosos de atraer a los posibles clientes. Uno de tales métodos era poner la tienda en la calle pantanosa que era la principal de Gangtok. Se ponían cobijas sobre la tierra y sobre estas se colocaban pequeños montones de dulces, especias, joyería hecha a mano y zapatos de aquel lugar.

Como Gangtok es un mercado de los productos del Tíbet, a cada momento atraviesan el camino caravanas de burros. El primero de los burros está adornado con campanas y tapices, de acuerdo con su importante posición. Estos animales delanteros guían cuidadosamente a sus compañeros cargados por entre las exhibiciones de mercancías que están por el suelo.

Estos sistemas de "propaganda" parece que fueran eficaces, porque los tibetanos que acompañan la caravana pocas veces pueden resistir, y se detienen y hacen alguna compra al pasar por entre los montones de mercancía que están en el suelo.

No hay hoteles ni casas de pensión en Gangtok, los viajeros que pasan por allí son principalmente mercaderes nómadas y lamas que van en peregrinación de un lamaserio a otro. Esas personas plantan sus tiendas de pieles en alguna colina, a la sombra de algún árbol grande. Nuestro sirdar logró alojamiento para nosotros en el hogar de un mercader de Gangtok. Este y su familia eran mahometanos; por medio de nuestro sirdar que actuaba de intérprete el viejo mercader nos recordaba constantemente que él era el único mahometano de Gangtok, donde casi todos son lamaístas. Creía él que esto le daba una posición social especial, aunque, naturalmente, parece que esto no producía efecto alguno en las relaciones con sus vecinos.

Nuestros cuartos estaban en el segundo piso de este hogar algo arruinado aunque bien montado y cuidado. Ocupábamos todo el piso superior que tenía dos pequeños cuartos, y nos preguntábamos dónde estaría viviendo la familia mientras permanecíamos allí. Aún cuando el alquiler que pagábamos era sumamente pequeño, nos llamó la atención observar que nuestro huésped se consideraba muy afortunado por haber hecho semejante trato con nosotros.

Las pisos de los cuartos, pequeños aunque muy limpios, eran de madera de teca. Las camas eran como divanes muy bajos, semejantes a los que usan los árabes, y estaban cubiertos con cobijas llenas de colores y dibujos, como si fueran tapices. En el mayor de los dos cuartos que era donde comíamos, tenía una mesa baja, como las que tanto se ven en el Oriente. Nos sentamos a la mesa sobre el suelo con las piernas cruzadas, cosa que es algo difícil para los occidentales. Alguno de nosotros, cuando tenía suerte, se sentaba sobre varios cojines que nos permitían levantar algo las piernas y sentarnos más cerca de la mesa.

El mayor de los hijos de nuestro huésped, una niña de ocho años, era notablemente inteligente; tenía toda la curiosidad natural de un niño de su edad y no tenía la menor inhibición. No hay escuelas en Gangtok, en el sentido en que nosotros las conocemos; hay maestros que enseñan a quienes pueden pagar sus servicios. La niñita, cuya radiante personalidad brillaba a través de la obscuridad de un rostro casi siempre sucio, lo mismo que el tra-

je, había aprendido algo de inglés; tenía un librito para aprender a leer, impreso en inglés, y ella se deleitaba en leernos a la luz de una vacilante lámpara de aceite. Cuando la alabábamos sus ojitos brillaban con intensa satisfacción.

Su padre y la sirvienta nos esquivaban. Esto se debía en parte a que no podían hablar nuestra lengua y a que temían a extranjeros que, lo que respecta a su contacto con ellos, pudieran proceder de un país situado en Marte. El padre se complacía en que su hija pudiera conversar con nosotros tan libremente y en que la hubiéramos aceptado de tan buena gana.

En las cercanías de Gangtok se extrae carbón del Himalaya, con procedimientos sumamente primitivos. Desde las minas, se trae a Gangtok subiendo algunas montañas, en cestas que llevan a la espalda mujeres culíes. La mujer tibetana es pequeña pero corpulenta. Desde la infancia se ha acostumbrado a llevar cargas pesadas. Es patético mirar niñas pequeñas, tal vez de la montaña, bordeando los bosques, con la cabeza baja y una gran cesta llena de carbón a la espalda; soportan ese peso, que debe ser de sesenta o setenta libras, con un cinturón de lana que les pasa por la frente, y cuyos extremos están atados a la cesta.

Cuando ascendíamos por los pasos de la montaña junto con nuestros propios cargadores, el sirdar quiso contratar algunas de estas mujeres para que cargaran las piezas pesadas de nuestro equipo fotográfico; nosotros objetamos y él nos replicó que esas mujeres necesitaban las *annas,* esto es las monedas pequeñas con que les pagarían. Llegamos a un acuerdo dando a esas mujeres como regalo una parte de lo que les habríamos pagado, e insistimos en contratar hombres.

El Maharajah de Sikkim tiene su palacio a corta distancia de Gangtok, situado en una eminencia que domina un hermoso valle que tiene muchas granjas con casas de techos de paja. Según la costumbre y según la tradición religiosa del lamaísmo, el Maharajah ha construido un lamaserio extraordinario a no muchos metros de su palacio. En el edificio viven aproximadamente cien lamas que, por obligación religiosa, están adscritos a este lamaserio y han hecho votos de llevar vida monástica. El Maharajah ha hecho construir, frente al lamaserio, la acostumbrada escuela para los lamas. Es aquí donde pasan la mayor parte del día, estudiando y recitando las antiguas liturgias de los manuscritos sánscritos.

Origen del Lamaismo

Tal vez es oportuno dar una breve explicación acerca de la relación que tiene el lamaísmo con el budismo. Antes del siglo VII antes de Cristo, el Tíbet seguía la religión de B5n, que es semejante al taoísmo de China. Según relatos budistas, en el siglo séptimo antes de Cristo surgió un poderoso jefe llamado Namri Srong-Tsan, que estableció su autoridad sobre las tribus bárbaras. Su hijo y sucesor quiso agrandar el imperio para su propia dinastía y finalmente conquistó todo el Tíbet y los dos reinos vecinos, en Nepal y en China.

Este hijo, conocido generalmente con el nombre de Srong, casó con la hija de los reyes derrotados, que eran budistas. Posteriormente Srong se convirtió al budismo, e influenciado por esta cultura, quiso introducir esta nueva religión en el Tíbet y mandó emisarios a la India que entraran en contacto con algunos budistas importantes.

En el siglo octavo, Khri-Srong, uno de los descendientes, subió al trono. Su madre era una budista china y él se convirtió a esta religión al visitar a un monje llamado Santarakshita. Hasta entonces no había monasterios ni lamas en el Tíbet. Khri-Srong invitó a varios budistas de la India para que visitaran su país. Uno de ellos de nombre Padmasambhava respondió, en el año 747. Padmasambhava conocía bien los exorcismos y los encantamientos mágicos.

Estas prácticas mágicas atrajeron a las mentes supersticiosas de los pueblos mongólicos del Tíbet. Padmasambhava estableció el primer lamaserio en el Tíbet. El primer lama se llamó SanYas. La palabra *Zama* es el nombre tibetano del monje budista.

Las sabios budistas adaptaron el budismo a las costumbres y creencias indígenas del tibetano, y esto dio por resultado una forma corrupta del budismo que se conoce con el nombre de lamaísmo. En realidad, el lamaísmo se ha definido como "una mezcla sacerdotal de misticismo sivaita (Siva es uno de los dioses de la trinidad hindú), magia y demonología Indo-tibetana, cubierta con un barniz superficial de budismo mahayana."

Posteriormente, el lamaísmo floreció con resultados varios. A principios del siglo XI, centenares de monjes de toda el Asia llegaban al Tíbet. Uno de estos era un monje bengalí llamado Atisa, y con él comenzó "el segundo período del budismo tibetano." Este periodo pudiera llamarse la *reforma.* Cada una de las numerosas sectas lamaístas trataba de reformar a las demás, insistiendo en el dominio de sus propias doctrinas y tradiciones. Se dice que Atisa descollaba entre estas por la "coherencia de doctrinas." Logró él llevar a cabo una transformación y consolidación de las facciones religiosas y políticas.

Más o menos en el siglo XV, se introdujo la doctrina de la *reencarnación sucesiva.* Esta doctrina, todavía vigente, dice que un gran preceptor o instructor *renace* en cada persona que sucesivamente ocupe el puesto de Gran Lama. Esta doctrina fue un golpe diplomático habilísimo, pues confirió una indudable supremacía al Gran Lama,
pues no era otra cosa más que la unión de una gnosis espiritual a un poder temporal.

En el año 1640 la secta Ge-Lug-Pa ascendió al poder por encima de todas sus rivales. Estaba dividido el Tíbet entonces en tres provincias: la oriental, la occidental y la central. En el Tíbet central se reconocía a la secta Ge-Lug--Pa como representativa del lamaísmo. Su poder dio origen a envidias y guerra de sectas de otras provincias. El Gran Lama pidió ayuda al príncipe mogol Gushí Khan, miembro de la secta Ge-Lug-Pa. Gushí Khan respondió con prontitud e invadió y finalmente conquistó todo el Tíbet. Khan otorgó entonces plena autoridad al Gran Lama, Nog-Wan, de la secta Ge-Lug-Pa.

Después de este período el Gran Lama fue no solamente el jefe supremo y eclesiástico del lamaísmo en el Tíbet, sino también el gobernante temporal del país. Los secuaces del lamaísmo lo reconocen como su *papa.* Gushi Khan honró además al Gran Lama confiriéndolo el título nobiliario de *Dalai,* que significa *tan vasto como.* El mundo occidental lo llama el Dalai Lama. Sin embargo, los tibetanos lo llaman Gyalwa Rin-Po-Che, que significa la Gran Gema de la Majestad.

Nog-Wan aumentó el poder de su secta y construyó para sí el gran palacio-templo de Potala, cerca de Lhasa, que para muchos occidentales es el símbolo del misterio y el secreto del Tíbet. En los tiempos modernos, se dice que la secta Ge-Lug-Pa continúa observando estrictamente el celibato y la abstinencia, y también preside sobre el gobernante del Tíbet.

También se cree que ha descendido algo de su elevado plano de exactitud doctrinaria.

La escuela de los Lamas

Esta ocasión fue inolvidable, íbamos a filmar ritos y ceremonias que raras veces ha visto alguien del mundo occidental. Nos costaba mucho trabajo prestar atención a los detalles de nuestra labor. La cadencia rítmica de los lamas que recitaban sus lecciones antiquísimas tenía un efecto especial en nuestras emociones: parecía el canto de una liturgia. Acudimos a la escuela de los lamas para observarlos. El edificio estaba situado, lo mismo que el lamaserio y el palacio del Maharajah, en la misma elevada meseta. En torno nuestro, a la distancia, estaban los picos nevados del Himalaya que se alzaban hasta el cielo azul.

A cada extremo de la escuela, que tenía un sólo piso y se abría por el lado que daba el frente a nosotros, había dos postes delgados de madera. En el extremo de éstos estaban sujetas blancas y estrechas telas que se movían con la fuerte brisa que hacía. Estas eran las banderas de las oraciones; designaban ellas este sitio como tierra sagrada, como un santuario. Sobre estas banderas se habían impreso con bloques de madera tallados a mano, inscripciones en sánscrito que no eran otra cosa que oraciones. El viento y la lluvia habían desvanecido hacía tiempo estas inscripciones.

Al mirar hacia las montañas, podíamos ver aquí y allí, por entre el follaje de vivos tonos otras banderas semejantes, todas las cuales indicaban que allí había un templo.

Al aproximarnos al lado abierto de la escuela, los lamas interrumpieron sus cantos por un momento y nos observaron con curiosidad; usaban gorros y trajes rojos y estaban sentados en unos bancos, frente a nosotros. Sobre otros bancos más bajos que estaban frente a ellos, había rollos de pergamino. Frente a ellos y dando la espalda a nosotros, estaba el preceptor. Aunque algunos de los lamas parecían tímidos por nuestra presencia, el preceptor mantuvo su dignidad. Batió éste palmas para solicitar la atención, y comenzó luego, con la misma cadencia de antes, la recitación de las arcaicas afirmaciones de las sagradas escrituras, las cuales contenían verdades esotéricas que habían aprendido de memoria. Los lamas repetían

en voz alta lo que decía el preceptor, de manera semejante a los responsorios de las iglesias cristianas.

Dos de los lamas abandonaron tranquilamente sus bancos y salieron al terreno que separa el lamaserio de la escuela. En el extremo de esta planicie, en su misma orilla, había dos tambores sujetos a estacas que estaban en la tierra. Lenta y rítmicamente, los lamas comenzaron a tocarlos. Los tonos profundos resonaron por todas partes produciendo una pulsación correspondiente dentro de nuestro plexo solar. Eran los *tambores de señales.* Se llamaba a los otros lamas para que fueran a rezar.

Las oraciones se verifican siempre en el lamaserio, o sea en el templo propiamente dicho. Sin ceremonia alguna, los lamas salieron de la escuela, conversando y riendo, como lo harían los niños durante el recreo. Las tambores dejaron de sonar y los lamas se reunieron en torno a nuestro equipo fotográfico, curiosos de ver su funcionamiento. En su dialecto tibetano hacían sanas burlas a los tamboreros que habían posado para que los retratáramos. El jefe superior de los lamas, que había recibido autorización del Maharajah para que nos permitiera, por excepción, tomar películas, debido a nuestra afiliación mística y a nuestro propósito cultural, fue muy amable y atento.

Esperó hasta que estuviéramos listos, antes de hacer la señal para que comenzara la acostumbrada procesión de los lamas hacia el templo. A una inclinación de cabeza de él, el gran tambor de las ceremonias comenzó a redoblar. Las lamas se reunieron y marcharon de dos en dos, por delante de nuestras cámaras y entraron al imponente edificio. Era éste un verdadero desfile oriental: los pies rítmicos, el antiguo y melódico cántico, acompañado por el sonido penetrante de los caramillos de los músicos, el traje exótico y de vivo color de los lamas.

Dentro de un Lamaserio

Un lamaserio se llama, en sánscrito y en tibetano, *gompa.* Los lamaserios siguen un diseño arquitectónico tradicional; de igual manera, sus disposiciones y enseres ceremoniales siguen también ciertas reglas. Hay en ellos viviendas para los lamas. El edificio central, el más importante, es el templo, cuya fachada tiene casi siempre frescos de vivos colores, murales que representan los cuatro reyes cardinales, que simbólicamente guardan el universo en todas las direcciones, contra la invasión de los espíritus malévolos.

Seguimos a los lamas hasta el recinto sagrado. Entramos por la gran puerta central y estamos en el vestíbulo del templo, que no es muy grande. Ante nosotros están las *manis* o ruedas sagradas de oraciones. Las más pequeñas están en nichos, las mayores, de más de un metro de altura, están sobre bases de piedra.

Emocionados y excitados por el privilegio excepcional que se nos había hecho, y conscientes de que podríamos dar un relato directo de nuestra experiencia a millares de Rosacruces, entramos por la puerta del *templo interior.* Ante nosotros había una nave central bastante alta; a cada lado,

muy altas, había ventanas que producían una claridad crepuscular dentro de la nave; a cada lado del umbral del templo interior había dos inmensos tambores ceremoniales; junto a ellos había recipientes que contenían agua bendita.

Lentamente, con la actitud de quien lleva a cabo una gran exploración y no desea perder ni un sólo detalle, caminamos por la nave. Al final estaba el *altar mayor,* que era muy ornamentado y tenía filigranas de oro de dibujos simbólicos; en estas filigranas había vidrios de colores que formaban una especie de mosaico. La disposición de los colores del vidrio tenía un significado esotérico y no era un simple ornamento artístico. En el altar había varias estatuas de entidades o personalidades inmortalizadas en el lamaísmo, las cuales tienen para los lamas el mismo significado teológico que los santos para los cristianos. Las figuras o estatuillas parecían ser de oro puro.

En un estante frente a estos tesoros, había útiles eclesiásticos bien conocidos de los cristianos. Había siete recipientes de agua bendita, incensarios, etc. En tiempos antiguos, la disposición general de estos templos fue tomado de los templos budistas de la India. ¿La semejanza entre este altar mayor y los que pueden verse en las catedrales cristianas será puramente casual? *Seguramente que no.* Como estos arreglos existían mucho antes del advenimiento del cristianismo, no son otra cosa que un ejemplo más de las prácticas sincréticas del cristianismo. Desgraciadamente, muchos cristianos cierran ciegamente su entendimiento a lo que deben a otras religiones, en muchos de sus rituales y ornamentos.

A lo largo de la nave central había hileras de bancos bajos. Los lamas o monjes se sentaron en ellos e hicieron girar tranquilamente sus *manis* de mano, esto es sus ruedas de oración, o bien nos miraban con la mayor curiosidad. Al lado derecho, cerca del altar y sobre una silla elevada, estaba sentado el Superior o jefe de los lamas, el cual se inclinó solemnemente cuando nos aproximamos. En el piso, frente a los bancos, había varios niños que nos hicieron guiños como hacen los muchachos. Estos niños eran novicios y finalmente llegarían a ser lamas.

En honor a nuestra visita, el superior nos permitió otro privilegio excepcional: dio órdenes a los monjes que recitaran uno de sus cánticos ritualísticos y tocaran los instrumentos musicales ceremoniales. El batir de los tambores, hecho con la palma de la mano, y acompañado por los caramillos estridentes y el canto melodioso de los lamas descalzos de trajes rojos, tuvo el efecto de transportarnos más allá del velo de los siglos. Era como si hubiéramos renacido en otra vida.

A la izquierda del "Este" o altar mayor, detrás de los bancos de los lamas, había un armario grande que llegaba casi hasta el techo. Para el observador superficial parecía contener mercancías de las que colgara una etiqueta con el precio. Sin embargo, estos eran los *archivos sagrados* del lamaserio. En cada uno de los compartimientos había un pergamino enrollado, sujeto a dos tablas.

Los escritos tendrían metro de largo, y para protegerlos del polvo y de la huella del tiempo los hablan metido en largos y estrechos sacos de tela, que se habían vuelto amarillo con la edad. A un extremo de cada saco se había colocado, según la vieja costumbre, una etiqueta para identificar el contenido del escrito.

Estos escritos contienen las liturgias arcaicas y la dharma (ley sagrada) de las antiguas escrituras budistas, y también ritos y principios esotéricos relacionados con curaciones, la revelación de las leyes naturales, el desarrollo espiritual, y asuntos semejantes. El Superior me mostró algunos de esos escritos y me explicó su origen y su índole.

Como concesión especial, el Superior de los lamas posó con uno de esos escritos, para que lo retratáramos. Recordé entonces ese libro iluminador publicado por la Orden y titulado *En Vos Confío.* El texto de ese libro excepcional fue traducido originalmente de un rollo de manuscritos como esos, bajo la autoridad del Gyalwa Rin-Po-Che, el mismo Dalai Lama.

Aquí, pues, en la propia frontera del viejo Tíbet habíamos hallado una de las muchas fuentes
de aquella sabiduría.

(continuará)